

## Tarifa

Cuan desapacible era el estridor, la agudeza de ese chirriante sonido se me quedó tan adentro, que me resultaba ingobernable concentrarme en otra cosa. Yo, que me había propuesto disfrutar de la cercanía del ayer, era incapaz de conciliar nada. Menos mal que un vaso de leche caliente a cualquier hora, y más en una desvelada noche, lo arregla casi todo, salvo la necesidad sexual no resuelta. Me lo trajeron sin dilación. Todo era poco visible, como de costumbre a esas horas. La sesión de esoterismo había sido un fiasco, quise comunicarme con mi parte oculta, y me hizo un requiebro del que aún me duelen las neuronas. No sé para qué leches se oculta tanto, si sé que ha de haber talento por algún recoveco de mi ser, pero se me esconde, mientras que otras cosas no tan deseadas se hacen visibles. Soy impenetrable hasta para conmigo, no sé si esto es una cualidad o una enfermedad, y nadie me lo aclara, por mucho que pague. Se estremeció la enfermera Manuela, cuando le informe de mi fallida intentona, y además le dije que no podía reprimir ese llanto, y que quería que hablase con el doctor para que me aumentara la dosis. Si esta vez no me hacían caso, pediría el alta voluntaria. En algo más de un año, no he avanzado ni tan siquiera en controlar ese estridente soniquete. Esto es un fraude encubierto.

A la mañana siguiente, el doctor Zacarías se negó en rotundo a subirme la dosis, y a suministrarme más fármacos. Estoy harto y confundido, me voy, le dije. Cogí mis cosas, pedí a administración que me facturasen hasta la fecha, me despedí de la gobernanta y del personal de cocina, y mandé a tomar por culo al responsable médico de esa clínica de las narices, que lo único que había hecho por mí era desplumarme.

La falsa seducción me la jugó y se armó el gran debate, y todavía lo tengo en mente, eso no me vale. Cansado de tanta ausencia de insurrección por parte de mis entrañas, me retiro a la cabaña de tan infausto recuerdo, con Eduardo el tartamudo, y ese percherón tan prometedor con el que aún no he salido a pasear. El taxista me llevó a casa, y tras un par de días poniéndome al corriente del correo, restablecí mi deseo inicial y me largué en el todoterreno a la montaña sureña. Quise dejar atrás el desconsuelo, las vomitonas, los mareos, y la delgadez sobrevenida, cambiándolo todo por un poco de aire fresco, y una compañía parca en palabras. Para no disgustar al viejo, me llevé un contacto por si necesitaba ayuda en mi nueva estancia, pero no le iba a decir nada, salvo que me lo pidiese expresamente, ahora no tenía nada que perder, y todo por descubrir. Se acabaron los pijamas de noche y día, las drogas que limitaban mis reacciones, y tanto puré de calabaza. Lo único que me llevé, al margen de un poco de ropa, era esa canción de cuna que todas las noches me cantaba la niñera, sin saltarse ni una sola estrofa, ni faltar un día a la cita, durante doce largos años, hasta que se casó y hubo de dejar el puesto. De eso hace ya una eternidad.

En mi primera noche tuve una pesadilla, era de prever, el viento atlántico soplabá con fuerza, y el viajecito me pasó factura en demasía. Había soñado con que una plaga de pulgas marinas me devoraban. Las reminiscencias de mi último baño tarifeño pudieron más que mi madurez. A la mañana siguiente, muy entrado el día, bajé las escaleras y cuando me faltaban un par de escalones, ya me estaba reprochando mi vestimenta, así que le hice caso y me cambié la chaqueta por una más adecuada. Cuando se arrancaba el viejo, mejor no interrumpirlo, que luego se atascaba y era peor, por lo que

normalmente optaba por hacerle caso y punto. Lo aprendí muy de mayor, y lo sufrí desde muy chico. Huraño, alto, calvo, y con bigote, ese era Eduardo, lo de su tartaja no suponía más que un añadido. Y también era mi padre, pero eso es lo de menos, nunca lo quiso reconocer, para él siempre fui un hijo inesperado, algo que me resultaba insólito porque de lo poco que recuerdo de mi estancia de niño en su casa, era cómo no dejaba a mi madre en paz, cada vez que se agachaba se la clavaba, y le daban igual las miradas o las estancias, no tenía miramientos. Pero cada uno es como es, y este metro ochenta es de armas tomar. El día que mamá falleció clausuró su particular parque de atracciones, y se refugió en el silencio, amén de ésta cabaña cercana a Tarifa. No pudo reprimir el duelo en el hogar conyugal, y le pegó fuego, para posteriormente trasladarse aquí, mientras a mí me ingresó en esa residencia escolástica de la que poco aprendí, salvo que los frailes también tienen picha, para mi desgracia y secreto absoluto. Cambiemos de tema.

Cuando me establecí en la madrileña calle de Bravo Murillo, nunca quiso venir a verme. Se negó en rotundo. Ponía todo tipo de excusas, cada vez menos elaboradas. En el fondo lo entendía, tampoco me gustaba la idea de reencontrarnos sin tener nada concreto que tratar, nos perderíamos en el recuerdo de nuestro bien. Como él era oriundo de esta zona, creo que acertó con ubicarse en zona gaditana, lo que me jode es que no me enteré hasta que lo tuvo atado y bien atado. Me dio de lado, hasta en eso. A veces creo que impera tal odio hacia mí en su interior, que desmerece cualquier intento de acercamiento por mi parte. De no ser por el cáncer, no hubiera vuelto a verle, si de mí hubiera dependido. Todos necesitamos una vida en algún momento, y más después de aquel día. Mi madre era un jockey excepcional, su cuerpo era

mayor de lo esperado por un potentado, pero lo salvaba con una interrelación con el animal de un modo tan natural como odioso por parte de sus compañeros. Y tenía la compañía perfecta, porque Eduardo sabía elegir caballos hambrientos de competición, y les entrenaba en un ambiente tan competitivo, que alguno se moría de estrés antes del debut oficial. Lo denominaba selección natural; mis lágrimas me costaba, pero era él quien mandaba. Cuando las brumas matinales aún no habían levantado, escuché los cascos del animal saliendo de su cuadra. Hasta el poste dijo mi madre, y el equino la condujo tranquilamente una y otra vez hacia ese destino. Estaba de vacaciones, por entonces mi única actividad consistía en ser un pajillero y cuidar de la yegua Flora. Tras lo primero, fui a darle los buenos días y a echarle de comer, antes de desayunar yo mismo. Alterar el orden a un animal trae funestas consecuencias, me decía reiteradamente Edu. De ahí mi obediencia. Lo llamaba así por tocarle las pelotas, ¡ya que no me quería, qué sufriera un poco el animalote! Le podían las apuestas, y al final, entre ellas y el desliz de mi madre, se quedó sin nada. Cuando Junior trotaba se podían sentir sus pisadas desde cualquier punto de la finca, era un caballo veloz, estiloso y caprichoso. Estaban muy unidos. A pesar de que no levantaba la espesura, y ante el temor de que rompiera a llover, fue soltándole las riendas poco a poco. Esa pareja se había convertido en leyenda dentro del circuito nacional. Muy pocos cuadrúpedos son capaces de enfrentarse a las tormentas, y este no iba a ser una excepción. Por eso, cuando empezaron los truenos, y se dejaron ver los primeros relámpagos, hizo caso omiso de las indicaciones y se encaminó a las cuadras. El mal carácter de mi madre, no pudo con la terquedad del animal. Ya en los establos, la oscuridad se hizo mayor, y comenzaron a relinchar los

inquilinos, como si se fuera a acabar el mundo. Rápido, me traje a las ovejas, para meterlas dentro de las cuadras de los équidos y con ello lograr apaciguarlos un poco. Es curioso, como un trozo de músculo tan potente, es capaz de sentirse guarecido en compañía de una hembra de ovino. La naturaleza es caprichosa y sencilla a la par. Al cabo de tres horas, acalló el poco calado que hubo, y volví para abrir las compuertas y que se ventilase aquello un poco. De pronto, me cogió el granizo, y allí me eché un rato, no tenía otra cosa que hacer. Del resto, es muy poco lo que recuerdo con nitidez, salvo que mamá se le acercó por el flanco derecho, y escuché el desplome de su cuerpo, con el posterior llanto de la bestia. Desde entonces y hasta la fecha, de lo poco bueno que he hecho, ha sido controlar mi fobia a todos los que no sean yo.

Eduardo siempre me tuvo en el punto de mira. Nunca fue un tipo adorable conmigo. Mi madre no era la víctima perfecta, ni mucho menos. Veterinaria de formación, sensacional en el cuidado de sus animales, buena madre, y aplicada esposa. Y se murió. Porque para mí, eso es lo que me queda de todo eso, la muerte de mi madre. Mi cabeza tiene algo más, como el jodido llanto de Junior, lo cual ha sido reducido a un hecho meramente anecdótico con lo que me está consumiéndome. Mi constante al salir del internado era no abandonar la contrarreloj en la que me había inmiscuido, al querer ser uno de los mejores abogados penalistas. Hasta que se truncó mi carrera al verme obligado a solicitar una excedencia por enfermedad, una vez que las manchas de mi rostro no se podían camuflar tan fácilmente como antes. Y eso de que me mirasen de arriba a abajo, lo llevaba fatal. Pasé los casos a mi socio, me di

de baja en el turno de oficio, algo que siempre hice por seguir complaciendo a mi madre allá donde estuviera, y me ingresé voluntariamente.

Como noté que el ambiente estaba muy enrarecido, quise dejar muy claro que no sería una carga para él, al tiempo que le pregunté por ese perchero que no encontraba por ningún lugar. A lo segundo no me respondió, y de lo poco que me dijo, es que no sabía hacer de enfermera. Como le conocía, le saqué el asunto de inmediato, y calmé su desesperación. Así que, me puse a ello. Llamé a la consultora y solicité que me enviaran a la candidata. Sólo había que esperar un par de días, y los aproveché para pasear y ordenar mis recuerdos, porque no había mucho más por allí, salvo pedazos de troncos, en los que Edu gastaba el tiempo, haciéndoles hendiduras con sus útiles. Siempre se quiso desmarcar de la indeseada recompensa, y sé que no la tocó, vivía de su pensión y de los ahorros que forjaron en sus inicios con la clínica veterinaria, pero este asunto jamás lo tocamos, ni otros muchos... en realidad ninguno. Nunca me faltaron medios para formarme, él tenía mentalidad de campo, pero no escatimó en mi formación. La guió y me siguió desde una distancia prudencial.

Se llamaba Lorraine, una alsaciana regordeta con melena corta, y unas manos que contenían unos dedos largos y finos. Era el momento de redoblar los esfuerzos, había que construir un dique de contención para hacer frente a la adversidad, y tenía forma de mujer. Su ascendencia jienense le hizo de cicerone, y en la primera noche nos dejó muestra de su cocina. La jovencuela nos hizo unos quiches para chuparse los dedos. Era mi primera vez, y seguro que también la de él. Las cosas básicas se nos esconden muy a menudo, y cuando lo descubres, no dejas de encumbrarlo a los altares. Un pastel salado

compuesto de harina rellena de huevos, nata y otros ingredientes, se convirtió en una nutritiva y rica cena de bienvenida. Nos aceptamos mutuamente. Dormía en mi habitación, en la otra cama. Desde que abandoné el clero, nadie más de los estrictamente necesarios convivieron conmigo, y esta no era una excepción. La necesitaba, se me hacía cuesta arriba mantenerme firme. Transcurrieron los meses y mi francés mejoró notablemente, desgraciadamente era lo único que crecía para bien. Lo otro, me atrapó de tal modo que empequeñecí, hasta más no poder. Sabía que llegaba mi hora. Por suerte, la tenía a ella. Del otro no sabía nada, me miraba y poco más. Se ocupaba de la limpieza y la compra, al igual que cuando vivía solo. Hice un *mailing* para con mis conocidos, sin querer entrar en males mayores, correspondí del mejor modo posible a su agradecido y reiterado interés en saber de mí. Lo tuvo que escribir ella, apenas acerté a dictárselo. Y a la mañana siguiente contacté con la consultora de personal, para solicitarles la baja, no sin antes recomendarla y decírselo a ella en la cena. Su abrazo me pareció de lo más hermoso que tuve desde que mamá se fue. No era capaz de apartarme de ella. Cuando me recosté en el sofá y extendió mis pies sobre el serijo, se fue a prepararme una leche merengada. Su repostería era excepcional, como su mimo y afecto para conmigo.

El día se me hacía muy largo, y la espera infumable. Al marcharse el taxi, a eso de media tarde, regresé a la cabaña. Esa escena la divisé desde lo más lejos que pude, que no era mucho. Mi caminar era torpe. Y me dispuse a ello. Tenía pendiente, desde toda la vida, una charla con mi progenitor, y sentí que era el momento, le cité en el comedor a eso de la hora de cenar, y le dije: “Ella me dio un recado para ti, antes de su último envite, quería que no nos

separásemos. Y yo te adjunto otro de mi cosecha, recuérdame como lo que fui, un momento de desenfreno por tu parte, y de aceptación por parte de mi mamá. Madre no hay más que una. Los dos la perdimos en el mismo instante, sólo que cada uno la disfrutó a su modo y manera”. Esa misma noche le pegamos fuego a la cabaña, con nosotros dentro. En eso, sí que estuvimos de acuerdo. Tanto nos costó unirnos, que ya nunca más quisimos separarnos.